

observación referente a las mismas orillas del río Amazonas.

«Se encuentra en este río—escribió Bates—una gran variedad de mamíferos, de pájaros y de reptiles, pero están muy diseminados y son muy tímidos en presencia del hombre. La región es tan vasta y tan uniformemente cubierta de bosques, que solamente a grandes intervalos se ven animales en abundancia en los sitios más atractivos» (*Naturalist on the Amazon*, 6.<sup>a</sup> ed., pág. 31).

El hecho es tanto más sorprendente cuanto que la fauna del Brasil, que es pobre en mamíferos, no es pobre en pájaros, como se ha visto por una cita precedente relativa a las sociedades de pájaros. Y sin embargo, no es la surpoblación, sino todo lo contrario, lo que caracteriza los bosques del Brasil, como los del Asia y del Africa. Lo mismo es verdad por las pampas de la América del Sur. Hudson observa que es sorprendente que no se halle un solo pequeño rumiante sobre esta inmensa región herbosa que tanto se prestaría para los cuadrúpedos herbívoros. Millones de carneros, de caballos y de ganados, introducidos por el hombre, pacen actualmente, como es sabido, sobre una parte de estas praderas. Los pájaros terrestres son asimismo poco numerosos, tanto en especies como en individuos, en las pampas.

#### IV

##### ADAPTACIONES PARA EVITAR LA COMPETENCIA

Se mencionan numerosos ejemplos de adaptación en las obras de todos los naturalistas exploradores. Uno entre tantos, muy interesante, es el del tatú velludo del cual dijo Hudson: «Ha sabido crearse un camino para él solo, lo cual hace que prospere mientras sus congéneres desaparecen rápidamente. Su alimento es de los más variados. Devora toda clase de insectos y descubre gusanos y larvas a varias pulgadas bajo tierra. Gústale especialmente los huevos y los pájaros jóvenes; se nutre de carroñas como cualquier buitre, y cuando carece de ali-

mento animal adopta el régimen vegetal, granos de maíz y trébol. Así, mientras otros animales sufren hambre, el tatú velludo está siempre gordo y vigoroso» (*Naturalist on the La Plata*, pág. 71).

La facultad de adaptación de los avefrías les coloca en el número de las especies cuya área de propagación es muy vasta. En Inglaterra «el avefría se adapta tan fácilmente a las tierras cultivadas como a las tierras áridas». C. Dixon dice asimismo en su libro *Birds of Northern shires* (pág. 67): «La variedad del alimento es una regla más extendida en las aves de rapiña.» Así, por ejemplo, nos enseña el mismo autor (págs. 60-65) que «el busardo de las landas de la Gran Bretaña se nutre de pequeños pájaros tanto como de topos y de ratones, ranas, lagartos e insectos, y que la mayor parte de pequeños halcones se nutren muy a menudo de insectos».

El capítulo tan interesante que Hudson consagra a la familia de los trepadores de la América del Sur es otro excelente ejemplo de los medios a que recurren gran número de animales para evitar la competencia, así como el hecho que se multipliquen en ciertas regiones sin poseer ninguna de las armas consideradas generalmente como esenciales en la lucha por la existencia. La familia que acabamos de citar se encuentra sobre una inmensa extensión, desde el Méjico meridional a la Patagonia. Se conocen ya unas 290 especies repartidas en cerca de 46 géneros, y el rasgo más saliente de estas especies es la gran diversidad de costumbres de sus miembros. No tan sólo los diferentes géneros y las diferentes especies tienen costumbres que les son particulares, sino que la misma especie tiene costumbres de vida variadas según las diferentes localidades. «Ciertas especies de *xenops* y de *magarornis* trepan, como los picos verticalmente a lo largo de los troncos de los árboles para buscar insectos, pero al modo de los *mesanges*, exploran también las ramas pequeñas y el follaje en la extremidad de las ramas, de modo que el árbol entero, desde la raíz a las hojas más altas, les sirve de terreno de caza. El *sclerurus*, por más que habite en los bosques más som-



bríos, nunca busca su alimento en los árboles, sino exclusivamente en el suelo, entre las hojas muertas; pero lo más curioso es que cuando se espanta huye volando hacia el tronco del árbol más próximo, al cual se coge en posición vertical y permanece quieto, silencioso, escapando a todas las miradas, gracias a su color obscuro.» Y así por el estilo. También las costumbres de nidificación varían muchísimo. En un solo género, tres especies construyen un nido de arcilla en forma de horno, una cuarta lo construye con ramitas sobre los árboles y una quinta constrúyese un agujero en la pendiente de un ribazo, como el martín pescador.

Ahora bien; esta inmensa familia, de la que Hudson dice que «ocupa toda la América del Sur, pues no hay clima, ni territorio, ni vegetación donde no se halle alguna especie apropiada, esta familia pertenece—para emplear sus propias palabras—a los pájaros más desprovistos de armas naturales». Como los ánares mencionados por Siévertsoff (véase en el texto), no poseen ni garras ni pico poderoso: «son seres tímidos, sin resistencia, sin tuerzas y sin armas; sus movimientos son menos vivos y menos vigorosos que los de otras especies y su vuelo es muy débil». Pero poseen—observan Hudson y Asara—«disposiciones sociales en grado eminente», por más que «las costumbres sociales estén contrabalanceadas en ellos por las condiciones de una vida que les hace necesaria la soledad». No pueden reunirse en grandes asociaciones para incubar como los pájaros marinos, porque se nutren con los insectos de los árboles y les es necesario explorar separadamente cada árbol, lo cual efectúan con gran cuidado, cada uno por sí; pero continuamente se llaman unos a otros en los bosques «conversando juntos a grandes distancias», y se asocian para formar estas «bandadas viajeras» que son tan bien conocidas por la descripción pintoresca que hace Bates. Por su lado, Hudson piensa «que en toda la América del Sur los dendrocóláptidos son los primeros en unirse para obrar de concierto, y que los pájaros de otras familias van detrás de ellos y con ellos se asocian, sabiendo por experiencia que así podrán procurar-se un rico botín». No necesitamos agregar que Hudson

alaba muchísimo su inteligencia. La sociabilidad y la inteligencia siempre avanzan de la mano.

## VII

### EL ORIGEN DE LA FAMILIA

En el momento en que escribía el capítulo sobre los salvajes parecía que se había establecido entre los apolo- gistas un cierto acuerdo respecto a la aparición, relati- vamente tardía, en las instituciones humanas, de la fa- milia patriarcal, tal como la vemos en los hebreos o en la Roma imperial. Pero después se han publicado obras en las cuales se controvierten las ideas sostenidas por Bachofen y Mac Lennan, sistematizadas particularmente por Morgan y ulteriormente desarrolladas y confirma- das por Post, Maxim Kovalevsky y Lubbock. Las más importantes son las del profesor danés C. N. Starcke (*La famille primitive*, 1889) y la del profesor de Helsing- fors, Edward Westermarck (*The History of human Ma- rriage*, 1891, 2.<sup>a</sup> ed., 1894). Y así ha ocurrido con esta cuestión de las formas primitivas del matrimonio, lo mismo que ocurrió con la cuestión de las instituciones pri- mitivas de la propiedad territorial. Cuando las ideas de Maurer y de Nasse sobre el municipio rural, desarrolladas por toda una escuela de exploradores de mérito, así co- mo las ideas de los antropólogos modernos sobre la constitución comunista primitiva del clan, hubieron ob- tenido una conformidad casi general, entonces provocaron la aparición de las obras de Fustel de Coulanges en Francia, de Federico Seebohm en Inglaterra y de otros varios, esforzándose, con más brillantez que real profun- didad, para desacreditar aquellas ideas y arrojar la duda sobre las conclusiones a que habían llegado las in- vestigaciones modernas. (Véase el prefacio del profesor Vinogradov, en su notable obra *Villainage in England*.) De igual modo cuando las ideas sobre la no existencia de la familia en la primitiva época del clan comenzaron a ser aceptadas por la mayor parte de los antropólogos



y de los estudiantes de derecho antiguo, provocaron la aparición de libros como los de Starcke y de Westermarck, en los cuales se representa al hombre según la tradición hebrea, principiando por la familia patriarcal y no habiendo pasado nunca por los estados descritos por Mac Lennan, Bachofen o Morgan. Estas obras, en particular la brillante *Historia del matrimonio humano*, han sido muy leídas y han causado cierto efecto. Titubeantes quedaron los que no leyeron los voluminosos libros que sostienen la tesis contraria, mientras algunos antropólogos familiarizados con el tema, como el profesor francés Durkheim, tomaron una actitud conciliadora, pero muy poco clara.

Esta controversia se sale un poco del tema en una obra sobre el apoyo mutuo. El hecho que los hombres han vivido en *tribus* desde las primeras edades de la humanidad no está disputado, ni siquiera por los que se extrañan de que el hombre haya podido pasar por un período en que la familia, tal como nosotros la entendemos, no existía. Con todo, el tema no deja de tener su interés y merece mencionarse. Verdad que sería necesario todo un libro para tratarlo a fondo.

Cuando nos esforzamos para descorrer el velo que nos tapa las antiguas instituciones, y particularmente las que datan de la primera aparición de seres del tipo humano, tenemos que efectuar, careciendo como carecemos de testimonios directos, un trabajo de los más difíciles, consistente en remontarnos hasta el origen de cada institución, anotando cuidadosamente las huellas más débiles que han dejado en las costumbres, los hábitos, las tradiciones, los cantos, el folk-lore, etc., y después, reuniendo los diversos resultados de cada uno de estos estudios, tenemos que reconstruir mentalmente una sociedad en la que todas estas instituciones hayan coexistido. Salta en seguida a la vista el formidable cortejo de hechos y el número enorme de estudios minuciosos de puntos particulares que es necesario efectuar para llegar a conclusiones ciertas. Y esto es lo que se encuentra en la monumental obra de Bachofen y de sus continuadores, pero es lo que falta en las obras de la escuela adversaria. La masa de hechos reunidos por el señor Westermarck es, sin duda, grande,

y su obra es, ciertamente, muy estimable como ensayo crítico; pero no es suficiente para hacer cambiar de opinión a los que habiendo estudiado las obras de Bachofen, de Morgan, de Mac Lennan, de Post, de Kovalevsky, etcétera, están familiarizados con los trabajos de la escuela partidaria del municipio rural y no pueden admitir así como así la teoría de la familia patriarcal.

Por esto los argumentos que Westermarck saca de las costumbres familiares de los primates no tienen, a nuestro modo de ver, el valor que les atribuye. Es muy inseguro lo que sabemos de las relaciones de familia en las especies sociables de los monos contemporáneos, mientras que las dos especies no sociables de los orangutanes y de los gorilas deben ponerse fuera de discusión, pues ambas, como he indicado en el texto, son especies que desaparecen. Menos sabemos aún sobre las relaciones entre los machos y las hembras en los primates del fin del período terciario. Probablemente están extinguidas las especies que entonces vivían e ignoramos en absoluto de que forma ancestral salió el hombre. Todo lo que podemos decir con alguna apariencia de probabilidad es que sin duda ha existido una gran variedad de relaciones de sexo en las diferentes especies de monos, en extremo numerosas en aquella época, y que deben haberse efectuado después grandes cambios en las costumbres de los primates, cambios por el estilo de los que se han producido durante los dos últimos siglos en las costumbres de muchas otras especies de mamíferos.

Por consiguiente, la controversia, debe limitarse a las instituciones humanas. En el examen minucioso de las diversas huellas de cada institución primitiva, *comparándolas con lo que sabemos sobre todas las demás instituciones del mismo pueblo o de la misma tribu*, es donde reside la fuerza principal de los que sostienen que la familia patriarcal es una institución de origen relativamente tardío.

En efecto, existía entre los hombres primitivos *todo un ciclo de instituciones* que se nos hacen comprensibles si aceptamos las ideas de Bachofen y de Morgan, pero que resultan incomprensibles en la hipótesis contraria, y



son: la vida comunista del clan, mientras no fué destruída por las familias paternas separadas; la vida en las *casas largas* y en *clases* ocupando casas largas separadas según la edad y el grado de iniciación de los jóvenes (M. Maclay, H. Schurz); las estrictaciones puestas a la acumulación personal de los bienes, de las que he dado varios ejemplos en el texto; el hecho de que las mujeres arrebatadas a otra tribu pertenecieran a la tribu entera antes de convertirse en posesión particular, y muchas otras instituciones similares analizadas por Lubbock. Todas estas instituciones, que cayeron durante el período de la *commune rural*, concuerdan perfectamente con la teoría del «matrimonio tribal», pero los partidarios de la teoría de la familia patriarcal las descuidan.

No es este seguramente el buen modo de discutir el problema. Los hombres primitivos no tenían varias instituciones sobrepuestas o yuxtapuestas, como tenemos nosotros actualmente. No tenían más que una institución, el clan, que comprendía *todas* las relaciones mutuas de los miembros del clan. Las relaciones de propiedad son relaciones que conciernen al clan. Los defensores de la teoría de la familia patriarcal debieran demostrarnos por lo menos cómo el ciclo de las instituciones citadas (y que desaparecieron más tarde) habría podido existir en una aglomeración de hombres viviendo bajo un sistema contradictorio a tales instituciones: el sistema de las familias separadas gobernadas por el *pater familias*.

El modo como dejan a un lado ciertas serias dificultades los partidarios de la teoría de la familia patriarcal no es más científico. Así Morgan ha demostrado, con gran número de pruebas, que existe en muchas tribus primitivas un sistema estrictamente observado de «clasificación de los grupos» y que todos los individuos de la misma categoría se dirigen la palabra unos a otros como si fuesen hermanos y hermanas, mientras que los individuos de una categoría más joven se dirigen a las hermanas de su madre como si fuesen otras madres suyas, y así por el estilo. Decir que esto no es más que un simple *modo de hablar*—un modo de expresar respecto a las personas de más edad—es desembarazarse fácilmente de la di-

ficultad de explicar por qué este modo especial de expresar el respeto, y no otro, ha prevalecido entre tantos pueblos de origen diferente hasta el punto de subsistir en muchos de ellos hasta nuestros días. Se puede admitir que *ma* y *pa* son las sílabas más fáciles para que las pronuncie un bebé, pero la cuestión estriba en saber: ¿por qué estos vocablos del lenguaje infantil son empleados por adultos y aplicados a una cierta categoría bien definida de personas? ¿por qué en tantas tribus en las que a la madre y a sus hermanas se las llama *ma*, el padre es designado por *biafia* (análogo a *diadia*—tío), *dad*, *da* o *pa*? ¿por qué la apelación de madre, dada a las tías maternas, se sustituyó más tarde por un nombre distinto? Y así por el estilo. Pero cuando averiguamos que en muchos salvajes la hermana de la madre asume tanta responsabilidad en los cuidados prodigados al hijo como la misma madre, y que si la muerte arrebató al hijo amado, la otra «madre» (la hermana de la madre verdadera) se sacrifica para acompañar al hijo en su viaje al otro mundo, entonces vemos ciertamente en estos nombres algo más profundo que un simple *modo de hablar* o una manera de expresar respeto. Y esto tanto más cuando averiguamos la existencia de todo un ciclo de supervivencias que Lubbock, Kovalevsky y Post han examinado cuidadosamente y que todas tienen el mismo significado. Se puede decir, sin duda, que el parentesco se reconoce del lado maternal «porque el hijo permanece más tiempo con la madre», o bien se puede explicar el hecho de que los hijos de un hombre y de varias mujeres de tribus diferentes pertenecen a los clanes de sus madres a causa de «la ignorancia de los salvajes en fisiología»; pero estos argumentos están lejos de ser bastante serios en cuestiones de esta importancia, sobre todo cuando sabemos que la obligación de llevar el nombre de su madre implica que se pertenece al clan de su madre bajo todas sus relaciones, es decir, confiere un derecho a toda la propiedad del clan maternal, así como el derecho a la protección del clan, la seguridad de no ser atacado por ninguno de sus miembros y el deber de vengar las injurias hechas a cada miembro del clan.



Aun cuando por un momento admitiéramos aquellas explicaciones como satisfactorias, en seguida veríamos que es necesario hallar una explicación diferente para cada categoría de hechos de esta naturaleza, que son muy numerosos. Citaremos solamente unos cuantos: la división de los clanes en clases en una época donde no había ninguna división de la propiedad o de la condición social; la exogamia y todas las costumbres que son su consecuencia, enumeradas por Lubbock; el pacto de la sangre y una serie de costumbres análogas destinadas a probar la unidad de descendencia; la aparición de los dioses de la familia viniendo después de los dioses de los clanes; el cambio de mujeres, que no existe tan sólo entre los esquimales en tiempos de calamidades, sino que es una costumbre muy extendida entre muchas tribus de origen muy diferente; el lazo matrimonial tanto más flojo cuanto más se desciende en el nivel de la civilización; los matrimonios «compositos»—varios hombres esposando una sola mujer que les pertenece por turno;—la abolición de las restricciones al matrimonio durante las fiestas, o a cada quinto, sexto u otro día; la cohabitación de las familias en las «casas largas»; la obligación del tío maternal, hasta en una época avanzada, de criar el huérfano; el número considerable de formas transitorias demostrando el pasaje gradual de la filiación paternal; la limitación del número de hijos ordenada por el clan—no por la familia—y la abolición de esta medida rigurosa en tiempos de abundancia; la aparición de las restricciones de la familia después de las restricciones del clan; el sacrificio de los viejos en interés de la tribu; la *ley del talión* incumbiendo a la tribu, y muchos otros hábitos y costumbres que no se convierten en «asuntos de familia» hasta que hallamos la familia constituida, en el sentido moderno de la palabra; las ceremonias nupciales, de las que se hallan ejemplos característicos en la obra de sir Jhon Lubbock y en las de varios autores rusos modernos; la ausencia de las solemnidades del matrimonio allí donde la línea de la filiación es maternal y la aparición de estas solemnidades en las tribus donde la línea de la filiación se hace pa-

ternal, estos y muchos otros hechos demuestran, como hace observar Durkheim, que el matrimonio propiamente dicho «no está más que tolerado y que a él se oponen fuerzas antagónicas»; la destrucción, cuando muere un individuo, de todo lo que le pertenecía personalmente, y en fin, el gran número de tradiciones, de mitos (véase Bachofen y sus numerosos discípulos), de folk-lore, etc., todo habla en el mismo sentido.

Naturalmente, esto no prueba que haya existido un período en que la mujer fuese mirada como superior al hombre, o que estuviese «a la cabeza» del clan; es una cuestión del todo diferente, y mi opinión personal es que semejante período no existió jamás. Tampoco prueba todo esto que haya habido un tiempo en que no existía ninguna restricción tribal a la unión de los sexos. Sería contrario a todo lo que conocemos. Pero cuando consideramos en sus relaciones recíprocas la masa de hechos recientemente sacados a luz, es necesario reconocer que si pudo haber parejas aisladas con sus hijos hasta en el clan primitivo, estas familias debutantes no fueron más que *excepciones toleradas* y no una institución de aquella época.

## VIII

DESTRUCCION DE LA PROPIEDAD PRIVADA  
SOBRE LA TUMBA

En un notable libro de J. M. de Groot, *Les systèmes religieux de la Chine*, publicado en Leyde en 1892-97, hallamos la confirmación de esta idea. Hubo una época en China (como en otras partes) en que todos los bienes personales de un muerto los destruían sobre su tumba: sus bienes mobiliarios, sus esclavos y hasta sus amigos y vasallos, y, naturalmente, su viuda. Se necesitó una acción enérgica por parte de los moralistas contra esta costumbre para poner término a ella. Entré los bohemios (gipsios) de Inglaterra ha sobrevivido hasta hoy



esta costumbre de destruir todo lo que perteneció a uno de ellos. Todos los bienes personales de la reina Gipsy, que murió en 1896 en las cercanías de Slough, fueron destruidos sobre su tumba. Prmeramente mataron su caballo y fué comido. Después quemóse su casa ambulante así como el arnés del caballo y diversos objetos que habían pertenecido a la reina. Varios periódicos relataron este hecho.

IX

LA «FAMILIA INDIVISA»

Después de la aparición de este libro se han publicado varias otras obras buenas referentes a la *zadruga* de la Eslavonia meridional o la «familia compuesta», comparada con las demás formas de organización de la familia; entre otras la de Ernest Miler en el *Jahrbuch der Internationaler Vereimung für vergleichende Rechtswissenschaft und Volkswirtschaftslehre*, 1897, y la de I. E. Geszow, *La Zadruga en Bulgarie* y *La Propriété, le travail, les moeurs, l'organisation de la Zadruga en Bulgarie*. Tengo que citar asimismo el estudio bien conocido de Bogosic *De la forme dite «inokosna» de la famille rurâte chez les Serbes et les Croates*, Paris, 1884.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO 1

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

Págs.

INTRODUCCION . . . . . 5

CAPITULO PRIMERO

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

La lucha por la existencia.—El apoyo mutuo, ley de la Naturaleza y principal factor de la evolución progresiva.—Invertebrados.—Hormigas y abejas.—Pájaros: asociaciones para la caza y la pesca.—Sociabilidad.—Protección mutua entre los pájaros pequeños.—Grullas; papagayos. . . . . 17

CAPITULO II

EL APOYO MUTUO ENTRE LOS ANIMALES

(Continuación)

Emigraciones de pájaros. — Asociaciones para la cría.—Sociedades otónales.—Mamíferos: número pequeño de especies no sociables.—Asociación para la caza en los lobos, los leones, etc.—Sociedades de roedores, de rumiantes, de monos. — Apoyo mutuo en la lucha por la vida. — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida en una misma especie. — Obstáculos naturales a la surmultiplicación. — Supuesto exterminio de las especies intermedias. — Eliminación de la competencia en la Naturaleza. . . . . 42